

"Es preciso respetar las culturas de manera tal que puedan articularse"

Entrevista concedida por monseñor Carlos Manuel de Céspedes, vicario general de la Arquidiócesis de La Habana, a *La Ventana*, página web de Casa de las Américas, quien ha tenido la gentileza de permitirnos reproducirla en este número.

Por ELIZABETH MIRABAL LLORENS Y
CARLOS VELAZCO FERNÁNDEZ
Fotos: ManRoVal

Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal conserva ese aire de patricio fundador que lo distingue y lo hace parecer un personaje de otra época. Cuando entra a un sitio, todas las miradas lo acompañan, quizás porque en una ciudad que se vanagloria, y también se lamenta, de su irresistible y agobiante calor, resulta increíble la existencia de alguien empuñado en vestir una guayabera negra con vocación de *clergyman*.

Domina como pocos un fino humor criollo, muy cercano a la erudición y a las más caras tradiciones y costumbres cubanas. Con naturalidad, prestancia y sencillez, muestra, acaso inconscientemente, los valores de una de las más preciadas herencias de la historia nacional y conversar sobre ella, lo remonta a los curiosos diálogos que su madre solía sostener con los vendedores chinos.

Su despacho es un pequeño mosaico de todo el devenir de los hombres y mujeres que comenzaron a soñar la Isla y hacer realidad ese sueño. Un breve recorrido por sus predios basta para sentir la pertenencia a una Cuba otra, donde las hazañas y anécdotas apenas sospechadas en los primeros años escolares, son en realidad el cuento diario y el departir de la sobremesa.

Pero acaso lo más cautivador es su alegría. El padre Carlos Manuel ha alcanzado un estado de gracia que se asienta en su confianza hacia quienes se esfuerzan por ser buenos, y a veces, lo logran.

¿Cuáles eran esas metas a las que lo impulsaba su madre cuando era niño que se le hacían tan difíciles de alcanzar?

Simplemente me decía que recordara siempre quién yo era, lo cual era muy incómodo. De niño, a uno le cuesta mucho que le estén diciendo todo el tiempo que es de Céspedes y García-Menocal. Si se celebraba una fiesta en el colegio con motivo de una fecha patriótica, me escogían para que recitara la poesía, llevara la bandera, que esto y que lo otro. Yo me molestaba, y mi madre me decía: "Acuérdate que tú eres Carlos Manuel de Céspedes y García—Menocal, y es así, y tienes que asumirlo y vivir de acuerdo con esa realidad y punto, gústete o no. Y si te dicen en la escuela que recites la poesía porque es el aniversario del Diez de Octubre, es normal que seas tú el que la recite".

Ya de mayor, adquiriría otro sentido. O sea, si uno lleva esos apellidos, esa carga histórica, se trata de conservar, por decirlo a la antigua: "el honor de la familia" por encima

de todo. Tras el triunfo de la Revolución, cuando la mayoría de la familia se fue y no quedaba casi nadie aquí, para cualquier conmemoración, de cualquiera de las dos ramas, (de Céspedes más, porque de Menocal no se habló por mucho tiempo, ya ahora Torres-Cuevas lo ha rescatado un poco), ya fuese un acto en la Asamblea Nacional o un aniversario por el Diez de Octubre, ¿a quién invitaban?, a los descendientes de los patriotas: al nieto de Juan Gualberto Gómez, a un nieto de Maceo y a mí.

Recuerdo que por el Centenario del inicio de las Guerras de Independencia, mi tía Alba, que vivía en París, vino para la ocasión. Ahora está mi hermano Manuel Hilario también, el obispo de Matanzas, pero en aquella época se encontraba en Venezuela. Si uno es el que queda aquí, es normal que a los eventos relacionados con Carlos Manuel de Céspedes o Mario García-Menocal, lo inviten. De mayor, esas obligaciones me importan menos, pero cuando era joven sentía un gran fastidio. Ahora el viejo soy yo, y ya no me da tanta pena. (Risas)

¿Cómo guarda su memoria los pasajes de sus encuentros con su tío García-Menocal?

No fueron tantos porque tío Mario murió cuando yo tenía cinco o

seis años, y las memorias que guardo de él son las de un niño. Me llevaban a su casa del Vedado o a su quinta de recreo de El Chico, en las afueras de La Habana, donde él pasaba más tiempo y tenía la cría de caballos.

A mí me gustaban mucho los caballos y allí había ponys para los más pequeños de la familia. Él me decía: “Cuando tú cumplas siete años, te regalo un caballo, pero se tiene que quedar aquí en la finca porque tú no vas a llevar un caballo para una casa en La Habana. Se queda aquí y cuando tú vengas, lo montas”. Un día mi madre contesta el teléfono, estaba llorando y le pregunto: “¿Qué pasó?”. “Que se murió tío Mario”, me explica. Y yo dije: “¡Ay, me quedé sin caballo!”. La clase de regaño que me echaron fue soberano: “Parece mentira. Se murió tu tío Mario y de lo que te acuerdas es de que te quedaste sin caballo y no de que se murió tío Mario”. Cosas de niño, figúrense. Pero bueno, son los recuerdos.

En la familia se le veneraba como a todos los viejos Menocales que no fueron tan distinguidos, aunque pelearon durante casi toda la Guerra de Independencia. El padre de ellos, mi bisabuelo Menocal, era amigo de mi tatarabuelo de Céspedes y se alzó en Jagüey Grande, en el único levantamiento de acá de Occidente. Pero el tío Mario, tenía esa aureola de héroe de la guerra, que había tomado Victoria de Tunas, y librado otros combates importantes, muy vinculado al general Calixto García, y luego había sido presidente de la República, lo que generaba devoción y respeto hacia él y hacia su esposa, tía Mariana. Eran un matrimonio muy, muy unido, y ella moriría casi a los once meses de tío Mario. Era una señora ya mayor en aquella época, pero muy bonita, elegante y cariñosa.

¿Mantiene esa devoción familiar de los Céspedes y los García-Menocal por la Virgen del Carmen?

Sí, me la inculcaron desde muy chiquito. Inclusive, en mi cuarto tengo una imagen muy bonita de la Virgen del Carmen, en un fanal de cristal. Pertenecía a las viejitas de la familia y luego pasó a ser mía. Y tengo también otra, pequeña, que antes estaba en casa de mis abuelos. Ellos me llevaban de niño a la Iglesia del Carmen, ya fuera a la fiesta de la Virgen o los días de santos carmelitas. Es una advocación que nos ha gustado siempre en la familia.

Cintio Vitier afirma que su nombre y su apellido se remontan a lo que José Lezama Lima llamó “nuestro señorío fundador”. ¿Cómo percibe esa presencia en su formación y crecimiento como hombre de fe?

Eso tiene que ver con lo que me preguntaban de las metas en la vida, y a lo que yo respondí con un término un poco anticuado, lo del “honor de la familia”. Al principio uno sabe que es Carlos Manuel de Céspedes y García-Menocal y punto. Después se va enterando de que ambas familias están en Cuba desde principios del siglo XVII. No he conocido a nadie cuyos dos troncos familiares hayan permanecido en Cuba desde mil seiscientos y pico.

La Iglesia aspira a tener espacios en materia de educación, más espacio en materia de medios de comunicación.

Lezama me decía si me veía por casualidad: “Tú no eres ni aristócrata ni burgués, sino un patricio”. “¿Qué patricio ni patricio?”, le contestaba yo. Y él insistía: “Sí, porque perteneces a los que fundaron este país. Buenos o malos, tu gente, los

García-Menocal y los de Céspedes, fueron quienes fundaron el país”. No me quedaba más remedio que reconocer que era verdad. Saber que en todo lo que fue pasando en Cuba desde el siglo XVII en adelante, de un modo u otro, había personas de las dos familias, resultaba en cierto sentido una carga, una preocupación, porque exigía ser coherente.

También me enteré de que en esa historia tan larga no todo el mundo había sido santo y ejemplar, que había habido pillos a más no poder, y pillas también.

Pero en honor a la verdad, no fueron la mayoría, la mayoría ha sido buena gente, sin ser héroes ni cosas por el estilo. Un poco de todo. Y uno sabe eso, y uno va como que... es difícil de definir. Sientes que la identidad de la propia familia, y por tanto, la tuya propia, pertenece al tronco del país, ¿no? Cae mal hablar de eso, podría parecer presunción, pero es que es así. ¿Qué culpa tengo yo de eso? Ninguna. ¿Y qué mérito? Ninguno tampoco.

¿Cómo se apropia de la cubanía alguien que ha heredado esa condición ancestralmente?

Muchas veces me pregunto: “¿Y por dónde me entró a mí la cubanía?” En mi caso, supongo que por los genes. Era muy natural el pensar en cubano y como cubano y apreciar las cosas cubanas como quien aprecia las cosas de su familia.

Para mí hablar de la Guerra de Independencia no es hablar de una Cuba ajena, es hablar de mi familia. Me ocurre lo mismo con la Iglesia, porque ambas familias han estado muy presentes también en ese ámbito. Cuba y la Iglesia son para mí dos realidades muy importantes, está la identidad del país en juego.

La cubanía para mí es eso: ser yo y lo que aprendí de chiquito. Los cuentos que me contaban en mi niñez no eran los de *Blancanieves* y *los siete enanitos*, sino: “a tú tatarabuelo le cogieron preso un hijo y le dijeron que si él se retiraba de la guerra, pues entonces se lo entrega-

ban y que si no lo fusilaban, y se lo fusilaron porque él dijo que era el padre de todos los cubanos”.

Ustedes me preguntan cómo me apropié de la cubana, yo no sé, desde que nació empecé a pensar en esos términos, empecé a pensar en los cuentos de mis abuelos sobre el día que bajaron la bandera americana en el Morro y los edificios públicos, y se izó la cubana, y todos se abrazaban llorando porque al fin subía la bandera cubana. No lo leí en un periódico o en un libro, sino que me lo contaban mis abuelos porque ellos estaban allí. Me di cuenta después cuando empecé a estudiar que los cuentos de la familia eran los mismos cuentos de la patria. Y eso es una experiencia muy especial y muy difícil de transmitir con palabras.

¿Por qué se casaron mi madre y mi padre? Las dos familias se habían conocido en el siglo XIX, pero luego cada una tomó su rumbo y, por esas cosas de la vida, mi madre y mi padre se vinieron a conocer cuando ella tenía 14 y él 16 años, en unas montañas cerca de las cataratas del Niágara, en el estado de Nueva York, donde las dos familias estaban de vacaciones de verano. Mis abuelos sí se conocían y dijeron: “¡Mira quiénes están aquí!”. A partir de ahí mi madre se hizo muy amiga de la hermana de mi padre, y de ser su mejor amiga, su hermano pasó a ser su enamorado y se casaron, y aquí paz y en el cielo gloria.

Usted considera que los jóvenes de hoy usualmente viven sólo lo inmediato y tienden a no hacer proyectos a largo plazo.

No se puede generalizar, como tampoco pensar que todos los jóvenes de antes tenían proyectos a largo plazo. Pero como tono ambiental, me parece que los muchachos de mi época hacían más planes a largo plazo que la mayoría de los de ahora. Y es algo que percibo no sólo en Cuba, sino en otras partes también: se vive más de la inmediatez y hay menos preocupación por el futuro. En mis tiempos de adolescente, dis-



frutábamos o nos entristecíamos con las cosas inmediatas, pero pensábamos a largo plazo tanto en el plano personal (cuestión de estudios, profesión) como en cuestiones del país. Tras el golpe de Estado de Batista, nos preguntábamos: “¿cómo vamos a salir de esto?, ¿qué va a pasar ahora?”. Eso es a lo que me refiero. En general, repito, no digo que no haya jóvenes similares en ese sentido a los de hace cincuenta años (los hay y conozco algunos espléndidos), pero el tono que predomina no es ese.

¿Y qué clase de joven era usted, qué cosas le interesaban?

(Risas) Eso tendrían que preguntárselo a mis amigos. Un joven bastante común. Nada de particular: era,

que sé yo, estudioso, muy estudioso, pero muy salidor, me gustaban mucho no sólo las salidas a fiestas y comidas, sino también al teatro, la ópera, el ballet, y los conciertos. Me sentía muy comprometido con la Iglesia, pertenecí al grupo de Acción Católica e incluso fui catequista en barrios pobres de La Habana. Después en la universidad, estudié Derecho y llegué a ser presidente del grupo de Acción Católica de esa Escuela. Estuve muy metido en los problemas estudiantiles en tiempos de Batista. A los 20 años decidí ingresar al seminario, pero seguí siendo joven, porque a los veinte años se es joven todavía.

¿Qué nos revelaría del Carlos Manuel galán?

A los 20 años yo tenía amigos y amigas, y por supuesto, había alguna que prefería. En la Universidad éramos un grupo de varones y muchachas estudiantes de Derecho que andábamos siempre juntos. Nos decían “el grupo de los expedientes”, porque éramos las diez primeras notas de nuestro curso. Hasta última hora estuve pensando qué hacía en definitiva, si dedicarme al sacerdocio o casarme, hacerme abogado y vivir una vida pública corriente, hasta que me decidí a ser lo que soy y no me pesa, me ha ido muy bien y he sido muy feliz así.

¿Cómo evoca aquellas grandes experiencias compartidas con los amigos de la Universidad?

En mi curso coincidimos un grupo que llegamos a ser muy amigos, y no sólo compañeros de vernos todos los días en clase. Salíamos juntos a los teatros, a los cabarets como el Tropicana y el Montmartre, y compartíamos juntos en verano. Yo ingresé en la Universidad cuando el golpe de Estado de Batista y permanecí en ella hasta 1956. Cuando entré al seminario, el Cardenal Arteaga, obispo de entonces, me pidió que continuara en la Universidad aún siendo seminarista, y hubiera terminado la carrera de Derecho, pero en diciembre del 56 cerraron las aulas a raíz del desembarco del Granma. Al reabrir, ya me iba para Roma a estudiar.

Además, teníamos relaciones con otras escuelas: Arquitectura, Ingeniería, Medicina, algunas veces por política universitaria, lo que propició, por ejemplo, mi amistad con el gordo José Antonio Echevarría, a quien quise mucho. El día de su muerte fue muy triste, y lo mismo sentí por otros que murieron también en aquella época. A uno de mis mejores amigos, ese sí de Derecho, Pepito Garcerán, quien venía conmigo desde la primaria y el bachillerato, lo mataron por Ceiba Mocha, en

las afueras de Matanzas, en la última semana de diciembre del 58.

El clima universitario era muy bueno, casi familiar, a pesar de la trágica situación política. Existía una mística que no hay hoy. A un compañero mío que estaba fuera de Cuba hacía treinta años, lo fui a esperar al aeropuerto, y le pregunté: “¿Qué quieres hacer?”. “Primero que todo, ir a la Universidad”. Yo quisiera saber si un joven de ahora, que se vaya de Cuba por treinta años, cuando vuelve, dice: “Lo primero que quiero es ir a la Universidad”. Para nosotros ir a la Universidad es ir a la Plaza Cadenas, a la escalinata, a la placita Lídice.

Recuerdo una compañera, profesora en México, que regresó a Cuba por primera vez tras mucho tiempo, invitada precisamente por la Universidad, y al preguntarle: ¿qué quieres hacer?”. Me dijo: “Déjame el día entero sola, que me voy a la Universidad”. Y se pasó el día allí y me contó que se sentó a llorar en uno de los banquitos de la plaza próxima a la biblioteca de la Escuela de Derecho, a recordar a los compañeros muertos y a pensar en todos los que están regados por el mundo. Es una memoria realmente hermosa y fue una época, para mí, muy importante.

Varios sucesos en mi vida, instituciones, grupos, han tenido gran peso: mi familia, el colegio de los Hermanos Maristas donde estudié, y por supuesto, el Seminario de aquí y la Universidad en Roma, pero esos cuatro años en la Universidad de La Habana fueron decisivos, sobre todo porque en mi familia y en el colegio me había movido siempre en un clima muy católico, muy de Iglesia, y al llegar allí empecé a tratar con personas de otras religiones, provenientes de otros grupos sociales diferentes del mío. Por primera vez trataba a comunistas como amigos. Fue una experiencia muy buena, independientemente de la académica, con un grupo humano juvenil más o menos de mi misma edad, conformado por gente con distintas situaciones ante

la existencia, y proyectos comunes acerca de su carrera y Cuba.

Cuéntenos de aquella conversación “larga y húmeda” que sostuvo con el Cardenal Arteaga antes de partir a estudiar a la Universidad Gregoriana de Roma.

Éramos tres seminaristas los que fuimos, bien temprano aquella mañana, a su casa en el último piso del edificio donde se encuentra actualmente el Seminario San Carlos y San Ambrosio. Lo vimos después de misa con la idea de decirle que en uno o dos días partíamos para Roma, y despedirnos. Pero él dijo: “¡No!, vamos a sentarnos a conversar un ratito”, y entonces, en una terracita del tercer piso, fue escuchar los consejos de hombre viejo que había vivido mucho, que conocía bien Roma, la Universidad Gregoriana, y cosas que creía podíamos aprovechar más. Los tres estábamos convencidos, dado que el Cardenal a sus 80 años no tenía muy buena salud, que si nos íbamos al menos por cuatro años, no lo volveríamos a ver. Él era un hombre muy cariñoso, muy cercano a nosotros. Esa despedida fue para siempre. Murió en marzo de 1963, y yo regresé en agosto.

¿Qué angustias personales le ha traído asumir el sacerdocio?

No diría angustias, sino ciertas preocupaciones. Al comienzo de asumir mi vocación sacerdotal, me preguntaba: “¿Hasta cuánto te atreves a ser sacerdote si no tienes garantía de que serás fiel siempre?”. En Roma fui a hablar con un cura viejo amigo mío y le dije: “Padre, a mí me parece que soy un descarado. Aunque me comprometa cuando me ordene de sacerdote a esto, a aquello y a lo otro, ¿qué garantías tengo...?”. Él me interrumpió antes de terminar: “No las tiene nadie. Nadie. Si dijeras ahora que las tienes, te diría que no te ordenes, porque estarías loco. Uno confía en la gracia de Dios y en que tiene la voluntad y el deseo, y en que si ha sido fiel hasta

ahora, lo podrá seguir siendo después también. Y si en algún momento quizá tú fallas y caes, te levantas y sigues caminando.”

No se puede pensar, ni con respecto al matrimonio, ni con respecto al sacerdocio, ni con respecto a nada, que en la vida uno será absolutamente inmaculado en todo. Puedes tener resbalones, desviaciones un momento, lo malo es instalarse en la desviación y en la caída. Hay que levantarse y pararse otra vez. No rumiar las cosas en las que se falla, sino corregirlas y continuar adelante. Entonces yo no le llamaría angustias, pero sí

do capaz de ser amigo, antes y ahora, de personas que piensan como yo y de personas que no piensan como yo. Por otra parte, uno tiene que ser transparente. Nunca he ocultado mi pensamiento ni me gusta que me lo oculten, porque además, no menosprecio a nadie, ni me disgusta con nadie porque piense distinto a mí, ni en materia religiosa, ni en política, ni en ninguna otra. Se intercambian puntos de vista y se discuten si se tienen que discutir, pero nada más.

Eso lo aprendí con mi familia: como esta había estado en implicada en política desde la colonia, muchas

cercanía, de compartir alegrías, problemas, penas, igual la he recibido de parte de ellos. Ahora, con motivo de mi enfermedad, desde que me empezó el cáncer, he tenido tantas muestras de amistad y de cariño de personas cercanas a mí, religiosa o familiarmente, como de aquellos que no lo son, ateos, marxistas, revolucionarios. Las amistades me han apoyado y acompañado a lo largo de todo este proceso que ya lleva tres o cuatro años, aunque estoy mejor ahora, a Dios gracias.

Para entender el mundo occidental se deben conocer las raíces, se debe conocer el cristianismo, aunque no sea uno cristiano, y se tiene que conocer la cultura clásica, para saber qué somos, de dónde venimos, qué es una democracia, qué son la verdad, la belleza, la bondad, los valores Fundamentales...

preocupaciones de un hombre de veintiséis años que se preguntaba: “¿Qué pasará conmigo cuando sea mayor? ¿Qué clase de sacerdote habré sido?”. Aquel sacerdote me decía así: “Tú confía en Dios y en la voluntad que has tenido hasta ahora, en que te parece que ese es el camino y se acabó.” Y así ha sido.

¿En algún momento resultó un inconveniente cultivar paralelamente la amistad con marxistas, creyentes, exiliados?

Eso nunca fue un problema, ni antes ni después de la Revolución. Para mí las relaciones humanas, y la amistad en particular, tienen que estar por encima de todo. Me he senti-

do veces se dividía en bandos. Por ejemplo, en la República, no todos los Menocal apoyaron a tío Mario, pero eso era una cosa, y otra, la familia. No todos los de Céspedes estuvieron siempre del mismo bando. “Tú tienes esta postura, nosotros esta otra, pero todos somos familia.” Me lo enseñaron en mi casa desde muy niño, y lo agradecí, porque después en la vida, sin que me lo haya propuesto, he sido muy espontáneo en mis relaciones, sin tener demasiado en cuenta que el otro piense así o asao.

Además, yo soy de esta manera con muchos amigos míos, pero la misma actitud que mantengo con ellos, de amistad, de servicio, de

¿La jerarquía eclesiástica cubana incomprendió alguna vez su inclinación por las artes y su cercanía con quienes las cultivaban?

Tanto decir “la jerarquía”, no. Se habla de “la jerarquía” y se piensa en los obispos. Imagino que unos mirarían eso con simpatía y otros no. Cuando era joven y tenía treinta o treinta y pico de años, me daba la impresión de que algunos sacerdotes de los mayores que me trataban con mucho cariño y con mucha atención, veían con cierta preocupación que fuera tan amigo de escritores, poetas, bailarines de ballet. Quizá les parecía que iba a ser un sacerdote mundano.

Ya ha pasado el tiempo y se sabe que eso no ha significado un deterioro en mi vida sacerdotal y que sigo siendo amigo de aquellos que también ya son mayores como la misma Alicia, quien hace poco me dijo: “Mira que hace años que nosotros nos conocemos.” (Se ríe). Toda una vida.

Ha bromeado a veces con que usted y Alicia conforman una pareja.

Esa broma surge porque nos llevamos muy bien y tenemos gustos muy similares. No hace mucho una estudiante que hacía una tesis sobre la influencia de Alicia Alonso en el ballet, la entrevistó y le pidió el nombre de alguien que la hubiese visto bailar siempre. Ella le dijo: “Bueno, en Cuba quedan como cinco o seis nada más. Unos se fueron

muy pronto y me vieron cuando yo era joven, y los otros, los más jóvenes, me han visto siendo yo mayor.... Entre esos cinco o seis está el padre Carlos Manuel. Ese me está viendo desde los años '40". Lo cual es verdad. La admiro mucho como bailarina y como mujer. Estamos cercanos en juicios y en cuestiones de estética.

Su manera de recrear los ballets románticos, para que sin dejar de serlo, estén en sintonía con los gustos jóvenes, es algo que nos ha empatado a lo largo del tiempo.

¿Cómo eran aquellos encuentros cuando le llevaba la comunión a Dulce María Loynaz?

Yo la apreciaba mucho, como amiga y como persona espiritual. Era una mujer exquisita, de una sensibilidad religiosa muy grande.

Recuerdo conversaciones con ella en su mejor etapa todavía, iba a misa los domingos, y platicábamos sobre el ambiente de la cultura y del país. Después, en su última etapa, cuando le llevaba la comunión, eran diálogos espirituales sobre los que prefiero no hablar mucho, pero una anécdota sí cuento.

Ella ya estaba ciega totalmente, y como no se podía ver a sí misma, ignoraba cuanto la había afectado el cáncer de hígado que padecía. El día que le di la última comunión, que debe haber sido un miércoles o un jueves, se sentía muy mal, muy decaída, y conversando, salió el tema de la ceguera. Y le digo: "Mire que Dios la ha probado fuerte a usted, Dulce María, porque siendo escritora y lectora, perder la visión debe haber sido muy duro".

Y contestó: "Sí, claro que lo fue, pero te da los dones también". Y le pregunté: "Ah ¿sí?, ¿cuáles, por ejemplo?". "Por ejemplo que no he perdido el oído. Si yo hubiera perdido el oído no hubiera conversado tanto con usted como lo hemos hecho en los últimos años. Así que tengo ganas de decirle gracias a Dios por el oído, aunque haya perdido la vista". Así era Dulce.

Me han contado que estando con una de sus sobrinas que vino desde Estados Unidos y que estaba junto a ella en el momento de su muerte, cuán lúcida estaba su tía hasta última hora, y esto que voy a decirles no puedo asegurarlo porque no estaba allí, pero quien me lo contó me aseguró que Dulce María dijo aquel sábado: "Mira que la persona humana es grande, porque yo me muero y sé que me muero." Y murió inmediatamente.

Eso me impresionó tanto como esta otra historia de una señora que también fue tremenda: Lydia Cabrera. Ella era muy habanera, vivía en Miami, pero siempre tuvo en su mente y en su escenario interior a La Habana. Ni siquiera diría que a Cuba entera. Y dicen que en el momento de morir, estaba sentada en un butacón, y muy cansada, dijo: "Habana, Habana, Habana". Y murió. Esas eran mujerangas, aquí y dondequiera que se pararan. Decir "mujeres" es poco.

Ha dicho que la familia como micromundo suele ser ejemplo insustituible para comprender la situación real del grupo humano amplio en el que se inserta. Usted, en constante intercambio con ella, ¿qué apreciaciones tiene acerca de la situación que enfrenta la sociedad cubana hoy?

La sociedad cubana atraviesa por problemas que son propios de Cuba y que dependen de la evolución del hecho revolucionario y la concreta situación actual. Pero hay muchas cosas, de las positivas y las negativas, que vienen del mundo global. Cuando uno va a otros sitios y habla, por ejemplo, del cambio del concepto de la familia, se percata de lo que te

dice un brasileño, un argentino o un francés es más o menos lo mismo que diríamos nosotros. Hay una serie de modelos culturales y de paradigmas culturales y éticos que han ido cambiando en el mundo, algunos para bien, por supuesto, pero otros para mal, y entonces hay que ver cómo se va armando ese mundo nuevo.

Se dice en muchas partes, esto no es ninguna originalidad, que esta no es una época de cambios, sino un cambio de época, y cuando hay un cambio de época, pasa eso. Uno lee a los pensadores de principios del siglo XIX, después de la Revolución Francesa, y comprende que había un cambio de mentalidad. A nosotros nos está pasando igual, estamos en un instante de un cambio de época, y hay una serie de valores que vienen de atrás y que hay que tratar de conservar, no como piezas de museo, sino insertándolos en la vida nueva.

Por estos días asistí al Congreso de Cultura y Desarrollo y todos estos temas salían constantemente, entre ellos la pluralidad cultural en el mundo contemporáneo. Es muy fácil



de decir que hay que respetar la cultura, pero ¿cómo se va a ensamblar sin que el mundo se convierta en un caos? Tienes que respetar las culturas de manera tal que puedan articularse, si no es como vivir todos contra todos. No son cosas muy fáciles, ni creo que estén todas resueltas. Hay que pensar mucho, conversar mucho, buscando un camino común que nos ayude a todos.

A su juicio, se ha confundido el sentido de libertad cultural en el ámbito cubano alguna que otra vez, ¿podría explicar mejor esa consideración?

El problema de ese concepto es que se ha dicho que cada uno puede hacer lo que le de su realísima gana y entonces hay una serie de cosas que para mí ya no son promoción cultural, sino son involución cultural. Y no quiero nombrar grupos de música, porque sobre todo por ahí van los tiros. Manifestaciones que no tienen ni contenido estético, ni ético, ni nada, se defienden a título de “libertad cultural”.

Hace poco, perdonen que no cite el lugar, me contaron que en un pueblo donde se presentaba un grupo musical conocido, y en el cual la gente parecía que había tomado un poco más de la cuenta, el cantante empezó a improvisar, vamos a decir un “ritmo nuevo”, en el que se refería con una serie de expresiones al acto sexual entre el hombre y la mujer. Una de las muchachas que estaba en el público empezó a decir que ella sí se atrevía a hacer lo que cantante proponía, y subió y casi todos terminaron bajándose los pantalones en el escenario. Otras personas fueron a protestar a la estación de policía. La policía se presentó allí y se los llevó. Entonces, lo que argüían ellos era que si no les permitían continuar su concierto, se estaba ofendiendo la “libertad cultural” de la que siempre hablaba Abel Prieto. Eso no es libertad cultural, eso es otra cosa. Eso es un relajo cultural.

A la mujer se le debe mirar con ojos de respeto y considerarla en lo

que ella vale, y hay unas letras de reggetones que son las peores que yo he oído en mi vida. Si yo fuera mujer, hace rato le hubiese caído a pedradas y a palo a quienes cantan esas cosas. Es lo menos que se les puede hacer. Eso se canta, se graba, sale en la televisión y se toca en la Tribuna Antiimperialista.

¿Qué senderos ha recorrido como intelectual y sacerdote para acercarse a la realidad personal del cubano medio, su sensibilidad, su criteriología, sus certidumbres y dudas?

Vivir con ellos. Yo soy un cubano medio también, y vivo como un cubano medio y por ahí me entero cuáles son los problemas que tiene todo el mundo, que son más o menos los que tengo yo y los que tiene cualquiera. Uno intercambia criterios y oye y ve, y siente y padece. Nada más que eso.

Estima que las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubano, aunque mejores de lo que fueron, no llegan a ser todavía tan buenas como quisiera. ¿Qué tendría que cambiar para que se aproximaran a su ideal?

Lo primero que debe cambiar (y está cambiando con respecto a otro tiempo) es que las relaciones personales sean más naturales, más espontáneas. Cuando hay buenas relaciones, de confianza, entre personas que tienen distintas posiciones, aunque uno sea obispo o sacerdote y el otro funcionario del gobierno a nivel nacional, todo se plantea de manera distinta. La Iglesia aspira a tener espacios en materia de educación, más espacio en materia de medios de comunicación, pero todo eso se ve de una manera diferente cuando se conversa en una tertulia en torno a una mesa de amigos, no desde posiciones enfrentadas y de desconfianza, y yo creo que eso, lamentablemente, por razones que no vienen al caso recordar ahora, primó al inicio de la Revolución. Después ha ido cambiando, pero muy poco a poco, y

hoy creo que son más grandes esos círculos de personas que se tratan con naturalidad y son capaces de discutir sobre esos puntos de vista distintos sin pelearse necesariamente.

¿Por qué una gran cantidad de cubanos, a pesar de declararse católicos, lo son en un grado, según su propia opinión, “superficial y elemental”?

A eso no se puede dar una respuesta única, habría que ir prácticamente grupo por grupo. En general, la evangelización en Cuba casi siempre fue un poco superficial, y por supuesto, después de la Revolución, cuando la educación quedó en manos del Estado, y no de un Estado indiferente frente a la religión, sino de un Estado que se proclamaba ateo, la formación religiosa quedó muy reducida al ámbito de la familia y de la parroquia, en la medida que la familia se acercaba a la parroquia. Por eso, si en un tiempo anterior había un porcentaje relativamente alto de personas que por lo menos hasta la escuela primaria tenían una educación religiosa paralela, después no ha sido así en 40 años. Cuarenta años no es mucho en la historia de la humanidad, pero sí es mucho en la historia de una generación.

La mayoría de los cubanos que tienen menos de sesenta años jamás pusieron sus pies en un templo, ni tuvieron una educación religiosa. En ese sentido la catolicidad de los cubanos es muy superficial, porque sus padres los bautizaron cuando eran pequeños, porque si tienen parientes fallecidos, mandan a decir una misa de difuntos, o cosas así. No es un compromiso ético, eso supone una vida habitual dentro de la Iglesia, una vida sacramental, un conocimiento del contenido de la fe.

Pero a pesar de esa formación parte de los cubanos insiste en ir a la Iglesia.

Al ir desapareciendo los tabúes que existieron durante los años sesenta y setenta, se fueron conociendo las figuras históricas del país y

los ambientes de otra época. Hace poco me visitó un muchacho que había descubierto que, cuando los cubanos tomaron la ciudad, después del levantamiento de La Demajagua el 10 de Octubre, lo primero que hicieron en Bayamo fue ir a cantar un *Te Deum* en la Iglesia y que el 20 de mayo de 1902 se había celebrado misa en la Catedral. Y le dije: “Sí, ¿y qué?”. A él le sorprendía eso de que por una fecha patriótica se dijese misa en la Catedral. Ese extrañamiento ocurre ahora, porque por ejemplo, en los primeros días de enero de 1959, se dijeron misas en la escalinata del Capitolio y frente al Palacio Presidencial.

Después fue que vinieron los rompimientos por causas muy complejas, pero claro, esas cosas quedan un poco en la memoria colectiva y aunque no se tenga formación religiosa, aunque no se tenga un compromiso religioso estable en la vida, se sabe que esa tradición ha formado parte de la historia del país. Además, si en La Habana Vieja se conservan tantas iglesias antiguas quiere decir que antes iba mucha gente a la Iglesia, porque de lo contrario, no estarían la Catedral, el Espíritu Santo y el Ángel en un tramo apenas 10 ó 12 cuadras. ¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué no existe un pueblo en Cuba en el que no haya una Iglesia en

el centro? Cualquiera que tenga dos dedos de frente presupone que si eso era así, por algo sería. Y ese algo es que los que estaban antes de nosotros le daban a eso una importancia tal, que cuando se fundaba un pueblo, marcaban un cuadrado y decían: “Aquí va la iglesia”. Y el pueblo se construía alrededor. Así fue como las ciudades fueron creciendo en torno a las plazas en donde había iglesias, porque eso constituía el centro de la familia. Eso ya casi en ninguna parte del mundo es igual, pero evidentemente en Cuba el rompimiento ha sido mucho más grande por el hecho revolucionario marxista tal como se enfocó desde los 60 hasta los 80.

Según su criterio, ¿cómo se valora actualmente la influencia de la herencia católica y de la herencia africana en la cultura cubana?

Ahora se está haciendo una suervaloración de la herencia africana. No hablo sólo del aspecto religioso, sino cultural. Evidentemente, hay que tener en cuenta la herencia africana, la raíz africana es una de las influencias cubanas fuertes, pero yo creo que todo eso se inserta en la matriz hispana dentro de la cual entra la religión también. Antes las ramas, los injertos africanos, eran silenciados, y ahora, sin embargo, se

exagera en sentido contrario, y se descuida, digamos, el tronco. La religión católica en este momento se valora menos a nivel oficial que las religiones africanas, de las cuales se habla constantemente, pero todo se reduce a un problema de época, de modo, de balance. Las aguas siempre tienden a tomar su lugar.

¿Cómo combina la necesidad de reflexionar sobre las urgencias terrenales de nuestro tiempo con la elaboración de un pensamiento filosófico y teológico, sin llegar a inmolarsse intelectualmente?

Ignoro por qué inmolarsse intelectualmente. Todo el que ha hecho algo a favor de la humanidad siempre ha crecido intelectualmente. Combinando. Echándome al agua y nadando. Los pensamientos tienen que proyectarse sobre la vida. Igual eran Aristóteles y Platón y compañía, que crearon todo el pensamiento occidental y al mismo tiempo tenían la Academia y tenían grupos de personas que estudiaban y se comprometían. En Roma sucedía otro tanto, los autores del Derecho Romano era gente muy comprometida en la política.

No puedes elaborar un pensamiento relacionado con la estatura humana sin meterte en la realidad humana. No se trata de inmolarsse intelectualmente en favor de una acción ni de hacer una acción sin nutrirlo con el pensamiento. Todo hay que saberlo dosificar en la vida, y claro, hay personas con más vocación para una cosa que para otra, pero para cualquiera que se tenga, no se puede separar vida y pensamiento como si fueran dos realidades comunicadas. Hay que vivir, porque el pensamiento siempre va a ser la proyección sobre la realidad. Eso es lo que te da la validez y te permite corregir, puntualizar, poner un matiz aquí más que allá.

¿Cuáles son esos valores esenciales descubiertos en el constante cultivo de la latinidad que lo con-

Para mí las relaciones humanas, y la amistad en particular, tienen que estar por encima de todo. Me he sentido capaz de ser amigo, antes y ahora, de personas que piensan como yo y de personas que no piensan como yo. Por otra parte, uno tiene que ser transparente. Nunca he ocultado mi pensamiento ni me gusta que me lo oculten.

vocan a defenderla y promocionarla?

Al hablar de latinidad me refiero a la cultura clásica en general, no sólo a la latina, sino también a la griega, a la latinidad como mundo clásico.

Considero que la cultura occidental nuestra tiene como pilares fundamentales, por un lado, ese mundo clásico pagano, y por otro, la tradición judeocristiana.

Muchos de los valores humanos que después los mismos cristianos nacidos dentro del marco de la cultura griega y latina sobrenaturalizaron (por decirlo de alguna manera), y miraron a través del evangelio y de la persona de Jesucristo, estaban ahí. De hecho, algunos de los Padres de la Iglesia allá por los siglos III y IV, en sus libros sobre la formación de jóvenes y adolescentes, insistían en la lectura de los autores clásicos, de Virgilio, de Homero, que supieran qué pertenecía a la religión pagana y estaba en contradicción con el cristianismo, pero que vieran los valores humanos a asumir, sea uno lo que sea.

En ese sentido, pienso que la cultura clásica es imprescindible. Para entender el mundo occidental se deben conocer las raíces, se debe conocer el cristianismo, aunque no sea uno cristiano, y se tiene que conocer la cultura clásica, para saber qué somos, de dónde venimos, qué es una democracia, qué son la verdad, la belleza, la bondad, los valores fundamentales, lo que hace, en definitiva, que Occidente sea Occidente. Uno lee las grandes obras clásicas, y se percata de que humanamente, casi todo estaba ahí, y que el evangelio y el cristianismo lo que hicieron fue levantarlo, imprimirle un contenido de valor religioso unido a la revelación desde Jesucristo.

Pero es indispensable para alguien de Occidente comprender el mundo en el que vive. Y pienso en hombres de cultura, marxistas, que



quisieron hacerlo, como Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, tan conocedores del mundo clásico pagano y del religioso.

¿Acaso su interés por la poesía, la narrativa, el periodismo y la ensayística de la Isla está relacionado con el hecho de que aprecie con mejor evidencia el alma de la nación cubana en estas manifestaciones artísticas que por ejemplo en la reflexión filosófica y teológica anterior?

Todo lo que hago está lleno de filosofía y de teología. No se pueden separar. Uno no puede separar la teología y la filosofía del pensamiento, de la poesía. Hay pocas cosas tan cargadas de filosofía y de teología como una de las obras poéticas más hermosas de toda la humanidad: *La divina comedia*, de Dante.

Me interesa la poesía y el ensayo porque me interesa el pensamiento humano y la vida humana. Algunos tienen más vocación para un género que para otro. Alicia Alonso lo expresa bailando y yo escribiendo.

¿Cómo se ha defendido desde su condición de “criatura de isla” para apropiarse de los conocimientos novedosos traídos por los vien-

tos de otras latitudes, sin dejar de ser creativo, crítico y selectivo?

Quedándome con lo que me parece bueno. He tenido la oportunidad, por una parte, de viajar mucho, y por otra, de leer y de estar muy atento a lo que se publica en otras partes, aun en épocas en que no había computadoras, pero sí librerías en las cuales se podía elegir entre periódicos, libros y revistas. El mar nos puede ahogar, pero nos puede también servir de canal. El mar ha sido para Cuba las dos cosas: algo que aísla, y al mismo tiempo, un canal de comunicación. Nunca he sentido que el hecho de vivir en Cuba haya sido una condicionante para no ser cosmopolita en mi mundo interior, en mi pensamiento y en mi sensibilidad.

¿Cuáles son las ventajas y desventajas que trae consigo construir una obra desde el silencio?

Cuando me llamaron para decirme que tenía el Premio de la Latinidad, pregunté: “¿Pero por qué?, ¿qué he hecho yo para que me den el Premio de la Latinidad?”, y Ana María Luetzgen, la directora de la Unión Latina, me dijo: “¿Y usted se cree que aunque no ha hecho gran publicidad, nosotros no sabemos que

hace 30 años está enseñando latín y griego en Cuba, que se ha preocupado por la labor de la latinidad?”. A ese silencio me refiero, que no quiere decir hacer de manera oculta.

Yo pensaba que ese ámbito no tenía tanta divulgación. Pero parece que la gente estaba atenta. Nunca he hecho ruido porque nunca me he creído un bárbaro en materia de cultura clásica, ni de latín, ni de griego. Lo enseño, pero porque en el país de los ciegos el tuerto es rey a veces, no por otra cosa.

No obstante, considero que toda obra requiere del silencio de la reflexión, de la meditación, y claro, también requiere como les decía hace un rato, del intercambio con la gente y con la realidad. Depende del tipo de obra, algunas veces hacen falta más espacios de silencio en la vida para llegar a una conclusión, otras, menos.

¿Qué privilegios halla al enfrentarse al arte, no como un crítico, sino como un consumidor de la belleza encarnada?

No tengo lenguaje para la belleza. Sólo sé disfrutarla. Yo soy un consumidor informado, como me dice alguna gente de habla francesa. Siento placer ante las cosas bellas, las naturales, y por supuesto, la belleza de una obra literaria, de una escultura, de la pintura, de la música, que ha sido la gran compañera y amiga de mi niñez. Las disfruto, pero no puedo categorizar, sería decir boberías. No podría vivir sin ellas.

¿Cómo logra vivir la ancianidad a modo de prolongación servicial de sus dotes y capacidades de antaño, aun cuando siente que está limitado por sus padecimientos en gran medida?

Resulta que estoy menos limitado que lo que creía que iba a estar, porque sigo haciendo lo mismo que hacía hace veinte años. Me canso un poco más, pero lo hago igual. Me costaría mucho vivir con limitaciones tales que no pudiera hacer las cosas que hago. Cuando estuve más

grave, el miedo mío no era morir, porque sé que un día hay que morir-se de una cosa o de otra, y más pronto o después, eso nunca me ha impresionado demasiado. Mi miedo era quedarme inválido, no poderme valer por mí mismo. Me sentía con poca fortaleza para asumir eso. Pero afortunadamente no tuve que enfrentarlo, porque en menos de un año ya estoy haciendo todo lo que hacía antes de enfermarme.

Cuando los techos y las paredes hayan caído por tierra, cuando nadie sepa qué significan ciertas estatuas o pinturas, ¿qué le gustaría que trascendiese de su legado?

¡Ah! ¡Yo no sé! Eso no me lo pregunten a mí... Yo no sé qué vale más de mi legado, pero sí quisiera que trascendiera algo que he tratado de transmitir siempre al círculo en el que me he movido, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella: un impenitente e imborrable cariño hacia Cuba. Y la eterna comprensión para con las limitaciones nuestras.

Todo pueblo tiene las suyas, y no se trata de cerrar los ojos ante ellas, pero tampoco podemos permitir que borren ni el cariño ni la identificación. En lo que pueda haber legado como sacerdote no existe ninguna originalidad. He hecho, y por lo tanto podría legar, lo que hay que hacer para seguir a Jesucristo y amar a Su Iglesia.

¿Ha sentido alguna vez que de haber sido otro su destino hubiese contribuido igual al bienestar del prójimo?

Hubiera contribuido de otra manera, pero creo que no hubiera tenido otro interés. Lo habría hecho de otra forma, de haber sido abogado en vez de sacerdote. Lo que sí nunca me he explicado cómo hubiese podido yo vivir fuera de Cuba. Eso hubiera sido para mí la pena más grande.

En el momento que yo estudiaba en Roma la licenciatura en Teología en la Universidad Gregoriana, ocurrió la expulsión de los sacerdotes

aquí en el año '61. Yo iba a regresar en el '63. Y para mí eso fue como un batacazo. Me preguntaba: “Si expulsan a los que están adentro, a los que están afuera no nos van a dejar entrar más en la vida. ¿Y qué hago yo fuera de Cuba?” Dentro de Cuba —no lo dije entonces porque no tenía esa imagen—, pero dentro de Cuba, yo puedo ser “un chicharo en la olla”, pero fuera de Cuba, ni eso siquiera.

Por fortuna pasó como otras veces, me adelanté a los acontecimientos, porque pude entrar al país tranquilamente en el año '63, y he vivido aquí todo mi sacerdocio. Cuando estaba muy mal el año pasado en Suiza, el cardenal monseñor Jaime Ortega me visitó porque iba a una reunión en Roma y entonces se pasó dos días conmigo. En aquel momento no podía levantarme, no podía caminar, y le dije: “Jaime, yo no podré seguir con las clases en el Seminario, ni mucho menos siendo párroco de San Agustín, una iglesia y una casa que tienen tantos desniveles, no puedo caminar casi”.

Y él me contestó: “Mira, Carlos —y usó una frase que yo no había oído, después me he enterado que sí, que el refrán existe, y yo la he usado mucho desde entonces— no te preocupes por atravesar el puente antes de llegar al río. Cuando llegues al río, tú atraviesas el puente, ya veremos cuando llegues a Cuba, cómo llegas, y veremos si sigues siendo párroco de San Agustín o no.”

Y mira, aquí estoy, llegué subiendo la escalera el primer día, con mucho trabajo, pero bueno, la pude subir.

